

Según Manuel Andino la virtud principal de Manuel Aguilar Chávez consistía en una cordialidad permanente, mantenida contra viento y marea en un medio hostil y materno, donde la sonrisa destacable ante los rostros siempre adustos, serios, preocupados, de nuestros paisanos. El salvadoreño solamente se alegra con un par de copas y solamente así abre su corazón al prójimo...

Aguilar Chávez vivió optimista, con un gozo infantil que le salía como flor natural de su espíritu jovial, bromista, jocos, y trataba de comunicar ese regocijo interior a todos sus semejantes, pese a las difíciles circunstancias que hubo de vencer desde niño hasta convertirse, entre quebranto y quebranto, entre penuria y penuria, en uno de los exponentes más destacados de su generación literaria.

La cordialidad fresca y pura de Aguilar Chávez era una especie de oasis espiritual donde siempre brotaba un manantial de alborozo —el chiste de actualidad y la ocurrencia oportuna— con que refrescaba, generoso, el alma reseca de sus semejantes. Hay más: su desprendimiento de las cosas materiales no conocía límites y en algunas ocasiones se quedó sin comer —en el sentido exacto de la palabra— por ayudar a sus amigos o desvalidos.

Otra característica de Aguilar Chávez era una fortaleza física a toda prueba, siendo su robustez, su vitalidad gozosa, algo sorprendente si recordamos los precarios días de su infancia. En cierta oportunidad un matoncito —niño consentido y temido por su fuerza muscular, pistola y dinero— lo estuvo provocando con frases hirientes relativas a la desgracia de ser poeta. Tan insultantes y crueles fueron las palabras de aquel sujeto que por primera vez vimos que Aguilar Chávez perdió la paciencia y como resultado de tantos improperios el matoncito recibió una tremenda paliza. Y es que Aguilar Chávez poseía unas manos de hierro y unos reflejos de peleador que envidiaría Ray "Sugar" Robinson.

Sin embargo, Manolo fue un niño grande toda su vida. Como auténtico poeta permaneció hasta su muerte, con el asombro y la ingenuidad, propios de la infancia, y quizá en estas cualidades radicaba su cordialidad que tanto impresionó a un espíritu escéptico y desconfiado como el de Manuel Andino.

Me tocó en suerte asistir a la

iniciación literaria de Aguilar Chávez en "Diario de Occidente", de Santa Ana, donde empezó como reportero ágil y nervioso y con los años llegó a Director de la misma publicación. Junto con otros jóvenes pertenecientes a una vibrante juventud literaria, miembros todos ellos de una generación que se desorientó y naufragó en la niebla de la dictadura martinista. Aguilar Chávez tomó parte en las batallas que se libraron para elevar el nivel cultural del pueblo y para derribar al tirano de los trece años fatídicos. Envuelto en una pasión por la libertad y en amor por los oprimidos, pero sin tener una verdadera ideología social y política, pues era alérgico a las especulaciones de alto vuelo intelectual, Aguilar Chávez hubo de sufrir persecución, cárcel,

por descuido del Jefe de Redacción —mea culpa—, esos desahogos del poeta metido a reportero.

Aguilar Chávez escribía con la mayor desidia gramatical y posiblemente jamás se interesó en descubrir los secretos de las conjugaciones o los preceptos de la retórica. Como niño grande que fue hasta el momento mismo de su muerte, jugaba con las metáforas o las paradojas, sin importarle un pito la ortografía y la sintaxis. Escribía velozmente, sin parar de teclear hasta que daba por terminada la faena a veces a lo largo de dos o tres horas. Escribía con una pasmosa facilidad, pero eso sí, toda su producción se resintió por un tremendo desaliño literario, cuyos descuidos causaban la desesperación de Serafin Quiñero, quien por aquellas fe-



Manuel Aguilar Chávez

Perfiles que se borran

AGUILAR CHAVEZ

Personaje de sus propios cuentos

Por Ramón Hernández Quintanilla

destierro y estuvo a punto de perder la vida en la lucha final contra el sátrapa de las aguas azules.

En la redacción de "Diario de Occidente" Aguilar Chávez escribía sus notas periodísticas en largas e interminables tiras de papel, procedente de los rollos o bobinas que utilizaban los radiotelegrafistas para teclear los mensajes del extranjero y de esta manera, entre descripciones de robos, crímenes, asaltos y de toda esa información menuda de que se nutre el diario, de repente le bajaba la inspiración, y metía donde menos se pensaba las líneas de un poema, el principio de un cuento o un recado para la novia de turno, habiéndose publicado,

chas dirigía "Diario de Occidente", donde realizó una magnífica y memorable labor de crítica y saneamiento social, recordándose siempre, como un ejemplo de valentía y dignidad periodísticas las serie de artículos titulados "Pistoleros Consentidos", los cuales fueron algo así como el termocauterio que se aplicó al rojo vivo sobre una pústula de la sociedad santaneca.

Aguilar Chávez amaba con pasión de enamorado ferviente a la ciudad de Santa Ana, pero era un santaneco adoptivo. Después de haber cursado sus estudios de secundaria en el Colegio San Luis, en tiempos del querido padre Núñez, se arraigó por muchos años en el Barrio de Santa Lucía, en cuya estación de ferro-

carril estuvo empleado junto con Tuno Alvarenga, el caricaturista salvadoreño que desde hace tres décadas encontró el camino del triunfo en México.

El autor de "Puros Cuentos" era popular en todos sectores sociales de Santa Ana, pero su campo de acción —su habitat natural, como dicen los biólogos—, eran el mercado, el taller o el mesón. En estos lugares el poeta se sentía a sus anchas, departiendo y bromeando con las vendedoras, los carretoneros, las costureras, los sastres, los zapateros, los policías, las pupuseras, los limpiabotas, los barrenderos y con todos los humildes miembros de nuestro conglomerado, con quienes cultivaba una amistad ingenua y sincera. Era un hombre del pueblo en el cabal sentido de la expresión, y como no abrigaba odios, ni resentimientos, ni envidias, encontraba las puertas abiertas donde quiera que lla-

maba su corazón generoso. Y por una de esas extrañas coincidencias que puedan dar motivo a creer en la fatalidad de los destinos humanos, el hombre que le dio muerte de un pistoletazo fue su vecino y amigo cuando el poeta residía en el Barrio Santa Bárbara, de Santa Ana. Veinte años después, como en la novela de Dumas, estos dos hombres volvieron a ser vecinos, pero ya posiblemente sin la amistad de la juventud, en la Colonia Guadalupe, de Soyapango, donde ocurrió el trágico fallecimiento del escritor. El destino de los hombres es inescrutable, decía El Estagirita.

Por estar identificado con las esperanzas de su pueblo, por ser un producto neto de los estratos humildes de nuestra colectividad y por tener una sensibilidad abierta al sufrimiento de su prójimo, Aguilar Chávez tradujo en su obra literaria ciertos aspectos determinantes de nuestro panorama social, pero sin intención crítica ni de censura. Como convivió en el mesón o en la plaza pública con los exponentes de la nacionalidad salvadoreña, los tipos que aparecen en sus narraciones están captados en su mismo lenguaje de sus personajes, por ser el mismo un maravilloso y extraordinario tipo salvadoreño de cuentos y leyendas, como extraído de una novela que está por escribir. Porque Aguilar Chávez con su vida que emerge del mesón, con su esforzada carrera periodística que empieza de reportero y termina en Director de dos conocidos diarios en El Salvador, con su abnegada y fervorosa adhesión a elementales principios democráticos, con su jocunda actitud ante el mundo y los hombres, puede ser el personaje central de una novela que, parodiando el título de Pirandello, anda en busca de autor y anda loco de ensueños, como un Quijote tropical, por los fértiles campos de Cuscatlán.

Aguilar Chávez, en resumen, fue un espíritu jacarandoso y travieso que escribió más para jugar con las metáforas, que para alcanzar fama y gloria en la literatura salvadoreña.

San Salvador, enero de 1960.

Libros: Fuentes de Cultura

Por Salvador Vides y Vides

Leer un libro, es vivir nuevas experiencias. Es cultivar el espíritu, y adentrarse en el conocimiento de las personas que piensan, y que tienen una cultura superior, forjada al través de largos años de estudios, y autodidactas que gozan del privilegio de haber nacido inteligentes y subordinados a las rígidas disciplinas de la ciencia, la literatura, la física, el periodismo y la filosofía, que encierra todos los conocimientos humanos; todo el alboror de las ideas que propenden a realzar y a orientar en una sola dirección a los pueblos que aman la cultura, y por ende, el sabio consejo; la ilustración que enriquece el espíritu, y se llena de luminosidades el pensamiento de los hombres que escriben libros para enseñar a la humanidad el camino de la verdad y la justicia, y aprendan a quererlos.

Es muy interesante leer libros o revistas que contienen maravillosos poemas cargados de inspiración sublime, que hacen soñar. Y para convencernos, veamos unas líneas de "La vieja romanza", de Rosario Sansores, que dicen así: "Mientras la tarde se mustia como una rosa, mis manos sobre el viejo clavicordio de amarillentos marfiles, melancólicos evocan de aquellos tiempos lejanos los recuerdos juveniles".

Que belleza de expresión y figura poética, que nos hunde en la meditación más profunda a los que cruzamos el mediodía de nuestra existencia! Nos gustaría que la juventud de hoy leyera estos poemas con la avidez e interés con que nosotros los leíamos en nuestros años mozos. De seguro que tendrían la oportunidad de penetrar y comprender la belleza de sonetos como éste, de Jorge Manrique, que dice: "Partimos cuando nacemos/, Andamos mientras vivimos/, Y llegamos, / Al tiempo que fenecemos;/ Así que, cuando morimos,/ Descansamos.

Sonetos inmortales de inmortal belleza. Poemas que llenan el co-

razón de la más honda ternura, como aquel fragmento de "Plegaria a Dios", que desde niños aprendimos en la escuela, del cubano Gabriel de la C. Valdez.

"Ser de inmensa bondad. Dios Poderoso.

A vos acudo en mi dolor vehemente.

Extendid vuestro brazo omnipotente,

Rasgad de la calumnia el velo odioso,

Y arrancad este sello ignominioso

Con que el mundo manchar quiere mi frente".

O aquel no menos brillante soneto de Rubén Darío, que en su máxima expresión poética y contenido, dice así: ¡Oh, luz mía! Te adoro con toda mi alma./ Tu recuerdo es la vida./ De mi esperanza. Corazón mío.../ Vieras con mi silencio./ Cuánto te digo! / Y para no cansar a nuestros apreciables lectores, nos basta decir que si las personas se entregan a la lectura de libros clásicos o de literatura, antiguos o contemporáneos, necesariamente que tienen que refinar su espíritu y su entendimiento. No sabemos de otro camino que nos queda para nutrirnos de la sensibilidad y el pensamiento, que no sea el de leer buenos libros, y orientarnos por ellos, como el navegante se orienta por las estrellas en la inmensidad del mar. Sólo leyendo puede uno cultivar su espíritu y sus sentimientos, a la par que se adquieren conocimientos y nuevas experiencias, como dijimos antes.

El escritor entabla diálogo con el que lee sus obras. El lector asimila, y se emociona ante el rico tesoro de la fraseología del erudito que con estilo y brillantez, rima poesías, o escribe libros que son verdaderas fuentes de cultura, y que señalan el camino de la felicidad al hombre; de la justicia, y de la comprensión, como sublime inspiración del cielo.